

*El destino de  
Coraline Smith*

CAMILLE ROBERTSON



VESTALES

© Editorial Vestales, 2014

Diseño de cubierta e interiores: Editorial Vestales

Robertson, Camille  
El destino de Coraline Smith, 1.<sup>a</sup> ed., San Martín: Vestales, 2014.  
320 p.; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-1405-65-7

1. Narrativa. 2. Novela . I. Título  
CDD 863

ISBN 978-987-1405-65-7

Hecho el depósito que previene la ley 11.723  
Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina.*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial.

*“Cuando alguien muere, podemos tener la certeza  
de que ha vuelto a su hogar, al lado de Dios.  
Ese también será nuestro lugar,  
al que tendremos que regresar un día.”*

*Madre Teresa de Calcuta*

*En recuerdo de Pía y Antonio Santos –el ángel de Sevilla–,  
que nos dejaron este año para volver a su hogar.*

*“Hay gente que piensa que el fútbol es una cuestión de vida o muerte, no me gusta esa postura. Es mucho más que eso.”*

*Bill Shankly, entrenador de fútbol, Liverpool F.C.*

## CAPÍTULO I

### DESASTRE IRLANDÉS

El pasado 26 de enero dio comienzo la actual edición de la British Home Championship, torneo de fútbol en el que participan las selecciones nacionales de Inglaterra, Escocia, Irlanda y Gales.

El primer partido del campeonato tuvo lugar en el Ulster Cricket Ground de Belfast. Enfrentó a los equipos de Irlanda y Escocia.

A pesar de jugar en casa, frente a su público, Irlanda no pudo llevar la iniciativa del juego, sino que se vio superada en todo momento por una excelente selección escocesa que firmó un gran inicio de campeonato.

Debido a las intensas lluvias de días anteriores, el estado del campo no era el más idóneo. Con todo y tras el puntapié inicial, Escocia interceptó el esférico y disfrutó del juego a lo largo de los noventa minutos, ante la inoperancia rival. Brilló gracias a una técnica depurada y un toque de balón rápido y preciso.

El primer gol se produjo en el minuto diecisiete, tras una jugada embarullada dentro del área local. John Gouide consiguió abrir el marcador y encarrilar el par-

tido tras un golpe certero con la pierna derecha con el que batió al guardameta irlandés.

Sobre todo, hay que destacar las actuaciones de los delanteros James Gossland y William Harrower quienes, con dos goles cada uno, consiguieron un resultado final para su equipo de cinco goles a cero. Cabe mencionar a J. C. Miller, el mejor interior escocés que, a pesar de no marcar, fue de los más destacados del encuentro.

Recién comenzado el campeonato, aún es pronto para decir quién será el vencedor, pero sí puedo asegurar que, si Irlanda no cambia de actitud y de táctica de juego, podemos apostar sobre seguro a que será el último en el campeonato.

C. S.

*The Manchester Guardian,*  
lunes, 28 de enero de 1884.

—¡Maldita sea! —exclamó Coraline cuando oyó el gong del reloj—. Se me ha hecho tarde. —Cerró el periódico y lo dejó encima de la mesa, a la vez que apuraba su taza de té—. He de irme, abuela. —Empujó la silla hacia atrás con un ruido chirriante.

La señora Atkinson observó con horror cómo se levantaba su nieta de la mesa.

—¡Coraline, no seas mal educada! Esa no es forma de tomar un té. —Dio un sorbo delicado de su propia taza—. Ni de levantarse de una mesa —añadió mientras la miraba por encima de las gafas.

—Sí, lo sé —convino resignada la joven—, perdona. —Le dio un beso en la sien, sin darle más importancia—. Intentaré mejorar, te lo prometo.

—Pe... ¿pero qué es lo que llevas puesto? —exclamó la señora Atkinson, escandalizada.

—Ahora no tengo tiempo —gritó Coraline desde la puerta—, te lo explicaré todo más tarde. Te quiero, abuelita. ¡Adiós!

A la honorable señora Atkinson no le quedó más remedio que mantener bajo control su estupor, si quería evitar los chismorreos del servicio. Alguien tenía que guardar el decoro en la familia, así que lo mejor que podía hacer era terminar su agradable desayuno de la forma más elegante posible.

Ya tendría tiempo de descubrir que se traía entre manos su nieta.

—¡Ah! —suspiró la mujer en voz alta—. Esa chiquilla ha salido igualita al escocés de su padre. No posee una sola gota de la sangre inglesa de mi querida hija. Susan debería haber tenido más vigilada a la niña. Pobre hija mía, lo que estará padeciendo entre tantos salvajes.

Coraline no escuchó ni un solo lamento de los que decía su querida abuela, pero podía imaginarlos. Mantenía toda su atención en subir los escalones de dos en dos sin matarse.

Hacía seis meses que había elaborado el plan y, por fin, había llegado el gran día.

Había conseguido que sus padres la envasen a casa de su abuela, Annabel Atkinson, y la dejaran bajo su tutela.

Su madre, al principio, había estado en desacuerdo por tener que separarse de su preciosa hija, pero, después de reflexionar más o menos durante tres minutos, había concluido que era la mejor opción. Sobre todo al tener en cuenta el ex-

traño comportamiento que Coraline había tenido los últimos meses. Decidió que no le vendría nada mal la influencia de su abuela, una inglesa de alta cuna. Además, ellas se adoraban y pasaban poco tiempo juntas por ciertas circunstancias familiares.

Sin embargo, les costó un tremendo esfuerzo convencer al padre de Coraline, debido a dos razones: la primera era que el señor Douglas Smith, el mejor padre que Coraline podía imaginar, no soportaba a su suegra, quien, según el señor Smith, no era nada más que una estirada inglesa que casi le había hecho perder al amor de su vida, porque había amenazado con suicidarse si su hija Susan se casaba con un salvaje escocés como él. Amenaza que había conseguido retrasar la boda, pero, por suerte, no anularla. Desde entonces, el padre de Coraline siempre decía que los ingleses no tenían palabra. Él pensaba que lo que se decía de corazón había que cumplirlo, sí o sí. A este pequeño detalle había que sumarle el hecho de que Douglas Smith, que era más escocés que los cuadros de su *kilt*, no entendía por qué demonios su hija tenía que educarse en Inglaterra, si tenía edad sobrada para casarse y ella nunca se casaría con un inglés, ni viviría en un país cuyos habitantes ni siquiera sabían darle patadas a un balón.

Por fortuna para Coraline, su padre se dejaba persuadir por su madre de una manera casi vergonzosa, así que, tras gruñir varios días, al final accedió.

Susan no pensaba que su hija fuera tan salvaje como decía la abuela, pero sí que necesitaba reforzar algunos puntos claves necesarios para cualquier dama. Ese era el motivo que la había impulsado a la casa de su abuela: la educación. Aunque Coraline tenía veintidós años y ya estaba formada en las cuestiones que la sociedad creía convenientes, ella no pensaba

instruirse en casa de Annabel, sino en Oxford, una de las universidades más importantes del mundo y que, por supuesto, no aceptaba mujeres.

Todavía no entendía cómo la habían admitido. A decir verdad, había maquillado algunos aspectos importantes de su vida al matricularse, como el pequeño detalle de pertenecer al sexo opuesto. Se había costeadado los gastos con los artículos deportivos que vendía al periódico *The Manchester Guardian*. Gracias a Dios, solo había tenido que reunirse una vez con el director y había conseguido engañarlo. El resto de las transacciones se hacían por correo.

Para semejante farsa no le había quedado más remedio que cortarse el cabello. Había sido capaz de sacrificar su sedosa melena del color del buen whisky, según la describía su padre, por Oxford, pero había valido la pena. Había logrado el trabajo y por ende el dinero que necesitaba para sus planes.

Todavía recordaba el día que llegó a su casa con su nuevo corte. Tuvo que sujetar a su madre y cerrarle la boca desencajada.

—¡Tu cabello! ¿Pero qué te has hecho? —exclamó con el dedo índice levantado en forma acusadora.

—Me lo he cortado un poquito. ¿Te gusta? —preguntó y giró sobre sí misma para mostrar el corte.

—¡Pero si estás casi calva!

—¡Oh, madre! ¡No exageres!

Coraline le había dado la espalda a su madre y había subido corriendo al cuarto a llorar. Porque, aunque le habían dejado un corte bonito y favorecedor, para ella también había sido una desgracia deshacerse de su melena.

En unas semanas, todos le habían dicho que estaba muy atractiva con el nuevo aspecto y que era probable que impusie-

ra una nueva moda entre las jóvenes. Para decir la verdad, una vez que se acostumbró a verse, le pareció que aquella melena corta que le dejaba el cuello a la vista y se deslizaba por delante del rostro hasta las comisuras de la boca resultaba de lo más sensual.

Lo mejor era que solo se lo tenía que recoger cuando iba a algún evento importante. Aunque había resultado difícil para su doncella, había conseguido hacerle un recogido aceptable. Además, se ahorraba las interminables cepilladas antes de acostarse. Lo peor era que, a pesar de habérselo cortado, sus facciones eran demasiado dulces, así que decidió peinárselo con fijador hacia atrás para parecer un muchacho, ponerse unas patillas no demasiado largas para que no resultaran muy artificiales y usar lentes que disfrazaran un poco sus enormes ojos color miel.

La cita que tuvo con el director del periódico fue la prueba de fuego. Se había comprado un par de trajes, se había colocado un fajín para esconder el pecho y se había arreglado el cabello lo mejor que pudo. Usó los anteojos más feos que encontró para desplazar la atención hacia ellos en lugar de al resto de la cara. Dijo que era Corl Smith, un muchacho de diecisiete años, una edad que podía justificar la dulzura de su cara y la ausencia de vello. Se hizo pasar por un joven a quien le apasionaba el fútbol, pero que, por desgracia, no tenía el físico para jugar en un equipo. Así que se dedicaba a escribir sobre los encuentros disputados y venderlos, con el fin de ir a Oxford y obtener un título.

El señor John Edward Taylor se sorprendió en forma grata al conocer a un muchacho tan joven que escribía con tanta madurez y precisión. Apuntó que demostraba tener mu-

cho sentido común al querer ingresar en la mejor universidad del mundo.

Coraline se enteró, después de su entrevista, de que el propio sobrino del director, un tal C.P. Scott, había estudiado en el Corpus Christi College. En esos momentos, el señor Scott trabajaba para su tío y, por lo que se rumoreaba, tenía un gran potencial. Ese fue un punto a favor para meterse al señor Taylor en el bolsillo. No obstante, a ella no le suponía un problema convencer a la gente, tenía un don especial para ello.

Un paso más hacia Oxford. Y, por fin, había llegado el día. Estaba tan nerviosa que casi se le cayó la caja del fijador encima de la chaqueta nueva.

—¡Ojalá todo salga bien! —se dijo y se miró por última vez al espejo—. No parezco una chica, pero tampoco un chico. —Se desilusionó un poco. Parecía uno de esos angelotes que su abuela tenía colgados por toda la casa—. ¡Maldita sea! Anímate, Coraline. —Se ajustó la corbata—. La gente ve lo que espera ver; nadie pensará que eres una mujer.

Ninguna mujer estaría tan loca como para hacer lo que ella se proponía. Más le valía que nadie la descubriera, se jugaba mucho y no solo en su propia vida. Estaba exponiendo a su familia a un gran escándalo. Aunque ellos vivían en Escocia, la noticia de que una mujer, haciéndose pasar por hombre, había ingresado en Oxford, daría la vuelta al mundo.

Sin embargo, tenía que intentarlo. Era lo que más deseaba. No pensaba que fuera egoísta, no era un simple capricho. Quería estudiar y obtener un título. Y no lo conseguiría si no estudiaba en una universidad para hombres. Porque, he aquí la injusticia, podía haber ingresado en una universidad de mujeres, pero allí no daban opción de titulación, y, por supuesto, no podía estudiar las materias que a ella le interesaban, como

Economía. Coraline desconocía la razón de esa tontería, pero era un hecho. Un hecho que, con toda seguridad, habían dictaminado algunos hombres. Ella no iba a desalentarse por una nimiedad como esa.

Abrió la puerta de su habitación con cuidado y salió de puntillas por el pasillo hasta llegar a la barandilla de la escalera. Miró hacia abajo: no había nadie. Tenía que conseguir llegar a la puerta trasera de la casa sin que nadie la viese. No tenía tiempo para explicaciones.

Una vez que lo hubo conseguido, subió a la bicicleta que había dejado la tarde anterior preparada y puso rumbo a High Street, donde se ubicaba el All Souls College. Desde luego, había puesto las miras altas, pero, una vez metida en el meollo, ya poco importaba.

Era una bendición que su abuela viviera tan cerca. Había llegado a pensar que era obra del destino.

Si no fuera por el aire fresco que golpeaba su cara, llegaría toda empapada en sudor. Iba a mucha velocidad, pero no le importaba; estaba tan ansiosa que sus piernas se movían solas, arriba y abajo, arriba y abajo, descansaba y se dejaba llevar por el impulso. Se sujetó la gorra un par de veces para que no volase.

Al fin llegó.

Era grandioso. Una armoniosa construcción de edificios dorados y enclaustrados colegios. Una antiquísima arquitectura que se ajustaba con exquisitez a un estilo más novedoso.

Coraline tragó el nudo que se le formó en la garganta al observar toda aquella magnificencia. Siempre le pasaba lo mismo cuando iba a Oxford, toda la ciudad era como un cuento. La ciudad de las agujas de ensueño, como la definió Matthew Arnold, era la frase que la describía a la perfección.

Se obligó a salir del estupor. Ató la bicicleta a una reja que cercaba un precioso jardín, proporcionado y de un intenso verde. Se apresuró por los adoquines con los libros en la mano. Subió los anteojos que se le resbalaban por la pequeña nariz. No tenían mucha graduación, pero la suficiente para desestabilizarla cuando miraba de lejos.

Sacó el reloj de bolsillo de su abuelo.

—¡Oh, Dios! Las nueve y diez. —Eché a correr.

Estaba a punto de entrar cuando notó que se le atascaba el pie entre dos adoquines.

—¡No! —gritó, mientras sus libros salían disparados hacia el techo y su cuerpo caía hacia adelante.

Cerró los ojos. “Vaya tortazo me voy a dar”, pensó justo antes desplomarse sobre algo duro, aunque, para su sorpresa, comfortable.

Escuchó un ruido estrangulado que no procedía de su garganta.

Se tomó unos segundos, si no minutos, para cerciorarse de que estaba bien; mejor que bien, estaba intacta.

Antes de abrir los ojos, y con la cara todavía enterrada, palpó aquello que la había recibido. Era tal como lo había juzgado al caer, pero cambió el adjetivo de duro por fuerte y el de comfortable por placentero. Fue tocando hacia arriba y... ¡No, no, no! ¡Acababa de tocar el pecho de un hombre! No, no podía ser. Pero, desde luego, el de una mujer no era. Además subía y bajaba, lo que, por suerte, significaba que estaba vivo. Subió sus manos, sintió un cuello estilizado y fibroso. La nuez.

Quería llorar.

Era vergonzoso lo que le estaba ocurriendo. El primer día, su día soñado, y le pasaba eso: catastrófico. Y en vez de

levantarse de inmediato, estaba ahí, tumbada sobre un señor bastante grande y recreándose con el tacto.

No podía mirar.

“Pero qué tonta soy”, se dijo. Solo ha sido la caída de un joven sobre un tipo muy fuerte. Seguro que no era la primera vez que pasaba en la historia de Oxford, aunque el hecho de tocarlo con tanto detenimiento no fuera algo muy normal. “No pasa nada. Soy un chico”, recordó. Se armó de valor y levantó la vista.

Su mano aún descansaba en la cara del hombre, una cara recién afeitada y que olía de maravilla. Se quedó perpleja observando una barbilla decidida, un mentón enérgico y una boca que no pudo dejar de admirar.

De repente sintió un pequeño palpito en su estómago y empezó a notar algo que antes no estaba ahí. Sin embargo, sabía que no procedía de ninguno de sus músculos.

El hombre se retorció con violencia, profirió maldiciones y la hizo caer de nuevo.

—¡Bestias inmundas del infierno! Apártese de mí, renacuajo.

—Per... perdón —susurró Coraline todavía sentada en el suelo, más asustada por aquel gigantón que por la caída—. No era mi intención caer sobre usted.

—¿No? —dudó él—. Cualquiera diría lo contrario. ¿En qué demonios estaba pensando?

—No pensaba en nada. —Se puso en pie.

—No hace falta que lo jure. —dijo despectivo—. Debería graduarse bien esas horribles lentes. —Señaló los anteojos tirados cerca de donde habían caído.

Coraline abrió la boca para volver a disculparse, pero se detuvo, porque sintió que la furia la invadía. No supo si era

por los nervios del primer día, el miedo a que la descubrieran, el susto por la caída, o de la rabia que le daba que un hombre tan guapo fuera tan cretino. Ya se había disculpado y el grosero ese no hacía más que increparla.

Iba a explotar.

—Y usted debería aprender modales —espetó Coraline desairada—. Ya le he pedido disculpas, por lo menos podría preguntar si me he hecho daño. —Desafió al hombre con la mirada, sin acobardarse.

Intentó dar media vuelta para buscar sus libros, desparrramados por el suelo, pero él la sujetó por el brazo para encararla de nuevo.

—Y yo, ¿acaso me ha preguntado si me había dañado? —inquirió enfadado.

Ella dudó un momento en que sopesó la posibilidad antes de responder:

—Está claro que se encuentra en óptimas condiciones. —Desechó el sentimiento de culpa que se intentaba filtrar.

—¿Eso lo ve a simple vista o se ha cerciorado mientras me manoseaba? —dijo en un tono más bajo, pero igual de recriminatorio.

Coraline no pudo evitar sonrojarse. Lo había hecho muy bien hasta ese momento, pero le resultó imposible no acalorarse al recordar cómo lo había tocado y sentido, tan solo un minuto antes.

Ella nunca había tocado a un hombre, mucho menos en aquella postura. Así que, llevada por una fuerza desconocida y su curiosidad innata, no había podido reprimir el impulso de acariciarlo. Parecía bastante relajado hasta el momento en que sintió un pequeño movimiento en su estómago, como si tuviese algo vivo dentro del pantalón. Por lo visto lo que le

había molestado era que lo tocara más de lo necesario, pero ella no sabía dónde estaba el límite: se trataba de su primer día como hombre.

Así que lo que lo había incomodado era que lo manoseara. Bien, tendría que apuntar eso. A los hombres no les gusta que los toquen.

Un poco más calmada, contestó:

—Le vuelvo a pedir disculpas. —Se mordió la lengua e intentó parecer arrepentida, aunque a esas alturas lo que más le importaba era librarse de ese señor tan grosero e ir corriendo a su primera clase, que ya habría empezado—. Por favor, acepte mis disculpas y déjeme en paz —añadió cuando vio que no le soltaba el brazo.

Él apretó un poco más sus dedos; ella sintió un pequeño dolor, pero no se dejó amedrentar. El hombre acercó la cara a la de Coraline, con la intención de asustarla aun más; ella pudo oler otra vez esa fragancia a limpio que le llenó los pulmones. Luchó, nerviosa por recuperar su brazo, hasta que él la dejó ir.

—Manténgase apartado de mí —advirtió el tipo.

—Lo evitaré como a la misma peste —aseguró ella.

Él le dio la espalda murmurando algo ininteligible, pero de seguro obsceno.

No hacía falta que se lo advirtiera nadie, tendría que estar loca para no evitar a un matón como aquel. Comenzó a recoger sus cosas y se dio cuenta de que ya no había nadie por los pasillos. Se apresuró a ponerse los anteojos y peinarse un poco el cabello. Menos mal que el fijador lo mantenía en su sitio.

—Creo que esto es tuyo. —Oyó una voz amable a su espalda y giró con rapidez.

—Sí, gracias —dijo y tomó el libro que le ofrecía un joven.

—Me llamo Tom Flint. ¿Eres nuevo?

—Sí, soy Cora... —Se aclaró la garganta—. Corl Smith. —Le ofreció la mano—. Encantado de conocerte, y gracias otra vez. —Antes de irse le preguntó a aquel joven tan encantador—. Perdona, ¿podrías indicarme donde está la clase de Economía?

—Claro. No tienes más que seguir a aquel caballero —señaló con el dedo al vulgar matón con el que se había chocado—. Es David Flint, el profesor de esa clase, y ahora se dirige a ella. Si te das prisa puedes adelantarle.

Tom observó la expresión de horror que ponía el chico, y le aclaró:

—No tienes de qué preocuparte. El señor Flint siempre está de buen humor, es muy raro que reprenda a alguien por retrasarse un poco y menos en su primer día. —Le dio una palmada en la espalda que la sacó de su estupor—. Adelante.

Ella vio cómo se iba el joven encantador y se centró en el oscuro pasillo por el que se había ido su profesor de Economía, el matón.

Su carrera en Oxford había sido corta, pero por lo menos había conseguido traspasar las puertas. De un gran salto, eso sí.